—En mi seno reclina tu frente.
—¿Sientes, Luisa, mi aliento de fuego?
Por piedad, mujer bella, te ruego
Que me dejes mi llama templar
En tus labios ...—¿Qué puedo negarte,
Si me adoras, Don Juan, con exceso?
—Ni qué puedo pedirte, si un beso
El mortal mas dichoso me hará?

El entónces, de Luisa en los labios
Dulce beso gozoso imprimió;
Se estrecharon, y lánguidamente
Se adurmieron al soplo de amor.

PARTE TERCERA.

LA REALIDAD.

Fué siempre el alma en los hombres,
El adivino mejor.

Lope de la Vega.

En los aires de lúgubre campana,
Graves sonidos pavorosos vibran
Lentos, pausados, cual de viejo endeble
Los pasos vacilantes; horrorizan

Y sobrecojen, de la noche triste
En el silencio, el alma pensativa.
Nueve toques van ya: la voz del ángel,
Que en el tremendo postrimero dia
Convocará los hombres ante el trono
A aparecer de magestad divina,
No sonará con tan patente influjo
Del protervo en el alma endurecida,
Como ese toque que los aires hiende,
Y cuyos ecos en el cielo expiran.
Esa campana, ¿qué misterio encierra,
Que se levanta súbito al oirla
El indolente cortesano, y corre,
Y vuela presuroso á donde gritan,
Como el ave medrosa que abandona
Su dulce nido en la tormenta impía?
Tiembla la vírgen tímida; el mancebo
Del hogar paternal se precipita;
Y alza á los cielos sus temblosos brazos,
El viejo débil que el temor fatiga.
En vez de oscuridad, hora en las calles
Las rojas luces esplendentes brillan,
De teas mil que por dó quier se encienden
Y que los vientos sin cesar agitan.

El silencio tambien que ántes reinaba,
La dulce calma que ántes se veía,
Las voces turban del medroso pueblo
Que en inmenso tropel se precipita.
Sigue con fuerza y rapidez el toque
De la campana; y ya la turba gira,
Y de la plaza en el recinto hierve,
E *Incedio! incendio!* pavorosa grita.
Una columna de luciente fuego,
Subir al cielo, lúgubre se mira
Envuelta en humo; y con funesto brillo,
De la ciudad el ámbito ilumina.
Y la turba se mueve, cual las olas
Cuando la mar se muestra embravecida,
Y entre sí chocan, cual las pardas nubes
De tempestad en la region sombría.
Grande es su agitacion, grande su espanto;
Pero es grande la fuerza que la anima
A contener la cundidora llama,
Que amenaza voraz estrago y ruina.
En el mullido seno de su amada
Recostado Don Juan aún se mira;
Y ellatambien sobre su fuerte pecho,
Lánguidamente su cabeza inclina:

Late de Luisa el corazon tranquilo,
Cierta señal de su inocente vida!
Miéntra á D. Juan que aún entre sueños sufre,
El corazon violento le palpita.
Suenan las tres, y súbito despiertan;
Y ámbos al despertar tristes suspiran:
Se levanta Don Juan; toma la capa,
Y la espada se ciñe, y luego se hinca
Y por segunda vez un beso imprime
En los púdicos labios de Lüisa.
—Es hora de partir: las tres han dado,
Don Juan le dice, en nuestra eterna dicha
Piensa; y que el ángel del amor te guarde.
—Adios mi bien, responde.—Adios querida.
Y al balcon se dirige presuroso
En el momento en que la turba grita
Y *al fuego*, *al fuego*, sin cesar repite....
Y la escucha Don Juan, y se horroriza.
—¿Oyes, oyes, Don Juan? Luisa le dice;
Y él no responde, y con mortal fatiga
—La espantosa verdad de mis presagios,
Al cielo exclama, ¿se verá cumplida?....
Mas no tiembles, mi amor; aquieta el alma....
Y abre el balcon; y al contemplar Lüisa

Aquel cuadro de horror que lo circunda,
Un grito lanza, y ya desfallecida
Al suelo cae, cual marchita rosa
Que en la pradera su cabeza inclina.
En humo envueltas las voraces llamas,
En la mansion penetran de Lüisa,
Y la transforman en ardiente hoguera
De horrible aspecto que pavor inspira,
Que aterroriza el corazon mas fuerte:
Es un infierno que en su centro abriga,
Y va á tragar y á consumir vorace,
Dos inocentes desgraciadas víctimas.
El edificio treme, las paredes
Cual arbusto ante el ábrego vacilan;
Van á caer! y bajo el peso enorme,
Luisa y D. Juan exhalarán la vida.
¡Qué horrores, qué martirios, que tormentos
Para una alma que quiere enardecida;
Para una alma que acaso se creyera
En el colmo supremo de la dicha!
Oh jóvenes! soñábais la ventura,
Y entre suaves y plácidas caricias,
Las nubes no veíais que á lo léjos
El horizonte cubren de la vida:

Volvísteis del letargo; despertásteis
Avidos de placer; y en vez de dicha,
La realidad palpásteis del destino
Que os preparaba la fortuna impía!
Mira Don Juan caer á la que adora,
Con frenético ardor; su frente mira
Cubierta con el velo de la muerte;
Y como un insensato en ella fija,
Sobrecojido de terror, los ojos;
Mas siente un golpe que mortal herida
Abre en su corazon; y en este instante
Sus miembros tiemblan, y convulsa risa
Vaga en sus labios: su mirar ardiente
Es el mirar de un réprobo: se eriza
Su negra cabellera, y en su rostro
La desesperacion atroz se pinta.
Hace el último esfuerzo; es un amante;
Y un amante que pierde á su querida,
En el momento en que el placer apura,
Y se sueña en el colmo de la dicha,
Quisiera ser un Dios: la alza en sus brazos;
De un hilo pende ya de ámbos la vida:
O salvarla ó morir! si es que la suerte
De dos que se aman, el destino liga.

"Salvad! salvad á mi hija!" una voz sale
De entre la turba, ahogada por el llanto:
Hija mia querida dulce encanto
De mi triste vejez, ¿será que exhale

Sin volverte á mirar, mi último aliento?....
Salvadla por piedad; y mi riqueza,
Mis títulos, honores y nobleza,
Serán del que la salve del tormento."

Allá se mira entre el gentío inmenso,
Que levanta muralla impenetrable,
De un pobre viejo el rostro venerable,
Lleno de angustia y de dolor intenso.

Terrible es su inquietud, su pena impía:
Desesperado al cielo alza los brazos,
Y con el corazon hecho pedazos
Contempla ya de su hija la agonía.

De entre el pueblo conmovido
Una voz se escucha fuerte:
Es de un jóven atrevido,
A arrancarla apercibido
De las garras de la muerte.

Al mirar su atrevimiento
Imitarle todos quieren;
Solo el viejo sin aliento,
Cede al peso del tormento
De los golpes que le hieren.

Una escala denodado
Lleva el jóven en sus hombros:
Va al peligro, sin cuidado
De quedarse sepultado
De la casa en los escombros.

Llega al fin; y audacia tanta
Al mirar, la plebe absorta
Grito universal levanta;
Y en abnegacion tan santa
A perseverar le exhorta.

Pero entónces un grito pavoroso
Se percibe de lo alto de la casa,
Que del anciano el corazon traspasa,
Cual dardo matador;

Y cual sucede á tempestad furiosa
Plácida calma en el turbado cielo,
Largo silencio sucedió en el suelo
A un grito de dolor.
Todos inquietos sus miradas fijan;
Y entre el humo y las llamas horrorosas,
Las facciones de un hombre pavorosas
Contemplan con terror:
Una mujer entre sus brazos miran,
Una mujer sin mancha de delito;
Y por segunda vez oyen un grito
Que implora salvacion.
El pobre viejo que á su Luisa mira
Del amante querido entre los brazos,
Siente un golpe mortal, su honra en pedazos
Mirando con horror;
Y al suelo cae, como roble añoso
Por el tiempo vorace carcomido:
Allí queda su cuerpo sin sentido;
Su alma al cielo voló.
En tan confuso espanto ¿quién mirara
Del anciano infeliz el fin postrero?
Solo atentos estan al lastimero
Grito de salvacion:

Se conmueven al ver la lucha horrible
Del infeliz D. Juan, que estrecha al pecho,
Ya con tierna inquietud, ya con despecho
A aquel ángel de Dios....
Nada al jóven intrépido contiene
Para seguir su peligrosa empresa,
Para arrancar tan valiosa presa
A la muerte feroz;
Y por su escala denodado sube,
Miéntras el pueblo su valor sostiene,
Y la esperanza plácida mantiene
De alcanzar salvacion....
Llega el jóven, en fin; el pueblo grita,
Y los juzga ya libres de la muerte....
¡Infelices! ignoran que la suerte
Su destino fijó;
Ignoran que los hombres miserables
Son conducidos por oculta mano
Al borde de un abismo, donde en vano
Al cielo alzan su voz....
En ese instante el edificio tiembla,
Y el cimiento furioso se extremece;
El equilibrio de Don Juan fenece,
Y al suelo van los dos.

Un ronco grito universal se alza;
Al caer ámbos se extremece el suelo,
Y con rabia Don Juan mirando al cielo
¡Maldicion! exclamó.

(1842.)

EN UN TEMPLO.

I.

Es hora del crepúsculo sombrío;
Hora sublime en que postrado el mundo
Adora del Eterno el poderío,
En éxtasis de amor dulce y profundo:
Ya los astros que pueblan el vacío,
Del Sol en Occidente moribundo
Al último destello, se levantan;
Su luz derraman y la tierra encantan.

Ya en el viento vibró majestuosa
La voz del gigantesco campanario;
Lóbrega se levanta y silenciosa
La nave dó mi encanto solitario;
Sus trémulos fulgores misteriosa
La lámpara derrama en el santuario,
Y ante mis ojos fascinados giran
Negros fantasmas que pavor me inspiran.